

Tradiciones destiladas

Tadao Ando de Madrid a Barcelona

Cuenta Tadao Ando que, cuando era joven, encontró una colección de croquis de Le Corbusier y sintió dentro el espíritu del maestro. Pensaba que, calcando día tras días sus dibujos, se convertiría en su heredero espiritual y decidió conocerlo. Cuando llegó a París, Le Corbusier había muerto.

Ahora el aprendiz quiere alcanzar la popularidad del maestro y sabe que una imagen vale más que mil palabras. Por eso hace tiempo que reparte a la prensa la misma fotografía, que lleva camino de convertirse en imagen de devocionario, y no resulta extraño que en nuestra era mediática se haya consagrado ya, a pesar de su trayectoria algo reducida. Valgan de prueba las exposiciones retrospectivas con que le han honrado dos santuarios de la cultura contemporánea: el Museo de Arte Moderno de Nueva York y el Centro Pompidou de París.

La última muestra de su trabajo, algo recortada y después de pasar por París y Londres, se expone en las arquerías de los Nuevos Ministerios y posteriormente viaja a Barcelona, donde se podrá visitar a partir del 17 de junio en la Fundación la Caixa. En ella se exhiben una treintena de obras destinadas a iluminar al gran público, y unos pocos planos dirigidos a los arquitectos. El diseño de la exposición ha corrido a cargo del taller de Ando y reproduce un escenario característico de la firma.

Aunque Ando ha comenzado en los últimos años a recibir encargos como figura internacional, la mayor parte de su producción se encuentra en Japón, por lo que pocos han tenido la oportunidad de conocerla en directo, y casi todos tenemos que contentarnos con los planos y confiarnos a la interpretación de los fotógrafos. Tan sólo pudimos ver una muestra en el pabellón de Japón en la Expo'92 (véase A&V 34-35), una de las obras más afortunadas de la feria, pero también la menos característica de su autor.

Tadao Ando pertenece a la tercera generación japonesa de arquitectos modernos en un país donde medio milenio atrás se habían establecido los modelos edificatorios aún vigentes, ligados a unos medios de producción altamente estandarizados. Esa cultura ensimismada había cautivado a los arquitectos modernos del periodo heroico, pero sobre todo a los instalados en el borde del Pacífico, quienes, como Schindler o Neutra, rompieron los límites de la caja para proponer una arquitectura de interiores fluidos en continuidad con la naturaleza.

No fue tan rápida, sin embargo, la entrada de la arquitectura occidental en Japón. Aunque la incorporación de Wright al archipiélago fue temprana, el genio que nunca admitió influencias en su obra sucumbió al encanto de Oriente y sus trabajos quedaron, por el momento, atrapados en el crucigrama ordenado de la casa de té, sin fuerzas para levantar el peso de un milenio. Fue Le Corbusier quien propuso una nueva arquitectura para ese país al enfrentar su doctrina de escultóricas masas blancas inspiradas en la tradición mediterránea a las ligeras tramas espaciales de la

construcción japonesa. Después de una serie de intentos acallados por el nacionalismo expansionista que precedió en Japón a la II Guerra Mundial, el espíritu de la máquina de habitar irrumpió en la escena de la mano de Sakakura, Mayekawa y Tange. Las instalaciones para la democracia floreciente y optimista de los años cincuenta brindaron a éstos la oportunidad de experimentar la nueva arquitectura con matices regionalistas que Le Corbusier proponía para Chandigarh.

Los arquitectos del grupo metabolista, que representaron el Japón desarraigado e hipertecnificado de los sesenta, son en este momento los herederos de los grandes encargos institucionales, y en su madurez han derivado hacia opciones personales que ofrecen un amplio espectro.

Romántica y autocomplaciente

Ahora que la arquitectura japonesa muestra un delirante repertorio formal más cercano a la bisutería que a la arquitectura, es reconfortante la obra de Tadao Ando, que, haciendo virtud de la exclusión, se basa en la correcta disposición material de formas austeras bajo la luz y en armonía con su entorno. Sin embargo, y a pesar de su piel racionalista, lejos de proponer usos novedosos o de arrimarse a la vanguardia experimental, la arquitectura de Ando quiere ser monumental y muestra una sensibilidad romántica y autocomplaciente preparada para deslumbrar el objetivo fotográfico.

En el budismo, la naturaleza nunca se ha considerado un medio agresivo del que protegerse, sino el lugar en el que se desarrolla la vida armónicamente; y la frágil arquitectura de papel de su tradición, más parecida a un palio que al interior calefactado para la vida privada del mundo occidental, conforma un espacio para la contemplación de la naturaleza cambiante, que acusa en sus interiores el frío, la humedad, el polvo, el ruido y la lluvia. Tadao Ando elige en alguna de sus obras uno de esos elementos y, como parece ser ya práctica común del arte contemporáneo, lo descontextualiza, con lo que logra convertirlo en el objeto central de la composición aunque pierde, sin embargo, la feliz variedad que ofrecía el conjunto.

Como los carpinteros que durante siglos perfeccionaron el modelo de casa japonesa, Tadao Ando destila su estilo de la tradición moderna. De sus antepasados ha tomado el gusto por el detalle sencillo pero refinado y, como ellos, logra arquitecturas emocionantes; pero con su elección ha perdido la fuerza creadora de los pioneros de la modernidad, para los que la belleza se percibía a través de la mente y no por medio de los sentidos.